

MARTÍN SOLARES

No manden flores



No manden flores cuenta la historia de Carlos Treviño, un expolicía que se ve obligado a volver al Golfo de México a fin de investigar la desaparición de una rica heredera.

Partiendo del sur de Tamaulipas, cerca de Paracuán, y viajando hasta el centro de la violencia en la frontera norte, Treviño deberá seguir el rastro de la mujer, e indagar entre los grupos criminales que se disputan el control de ciudades y carreteras. En la misma medida, evade la persecución del tenebroso Comandante Margarito, jefe de policía de La Eternidad, que lo busca para matarlo. La rivalidad entre estos dos personajes con perfil de tiburones elevará la tensión durante siete días a niveles nada recomendables.

Índice de contenido

Cubierta

No manden flores

Primera parte. Los misterios de La Eternidad

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

Segunda parte. El comandante Margarito y la conversación en lo oscuro

I

II

Conversación en lo oscuro

III

IV

V

Conversación en lo oscuro

VI

VII

VIII

Conversación en lo oscuro

IX

X

XI

XII

Última conversación en lo oscuro

Epílogo

La última palabra

Sobre el autor

Primera parte

Los misterios de La Eternidad

I

Les dijo que había una persona capaz de encontrar a la niña: un expolicía.

Les dijo que si ese sujeto seguía vivo, después del enfrentamiento que tuvo con sus propios colegas, sería la persona ideal, pues al menos un par de veces había sobrevivido a este tipo de encargos, en los que se necesitaba más un suicida que un detective. Les dijo que si acaso seguía vivo, y eso no era improbable, quizás lograrían encontrarlo en alguno de los estados contiguos, Veracruz o San Luis Potosí, pues de vez en cuando alguno de sus informantes decía haberlo visto en la carretera que baja a La Eternidad. Según estos sujetos, les dijo, aún conduce un auto color blanco, y acostumbra visitar cierto restaurante que está a la orilla del río, frente a las escolleras. Se instala un par de horas allí, platica con los propietarios, hace sus negocios y de inmediato vuelve sobre sus huellas, nadie sabe muy bien en qué dirección. Otros dicen que no, que va y viene todo el tiempo, que quizás anda en el contrabando, pero no me parece probable, subrayó el cónsul, siempre estuvo alejado del crimen: no sería extraño que trabaje para el señor De León, y miró al empresario. Sea como sea, si ese hombre siguiera con vida, juró el cónsul Don Williams, sería la persona ideal.

El señor De León preguntó cómo se llamaba ese sujeto y el gringo informó:

—Carlos Treviño.

—No lo conozco —reviró el empresario. Se ufanaba de conocer a cada uno de sus empleados y ese individuo ja-

más había estado a sus órdenes—. No lo conozco ni me suena su nombre. No me voy a arriesgar, no vaya a ser que trabaje para esos sujetos.

—Treviño jamás trabajaría para el crimen —insistió el cónsul—, al menos no de manera consciente, vaya, como la mayoría de la gente que vive en esta ciudad.

Un ruido seco y crepitante se escuchó con total claridad:

—¿Qué fue eso? —preguntó el extranjero, y los guardaespaldas enderezaron el cuello, como un par de perros olfateando el peligro—. Se oyó muy cerca... —insistió el cónsul, pero ni la mujer ni los hombres que estaban sentados frente a la mesa se movieron de sus sitios. Oír a lo lejos balaceras, granadazos, tiros aislados o ráfagas largas al caer de la tarde se había vuelto normal en el puerto, tan normal como la palabra *extorsión* o la palabra *secuestro*. Al ver el gesto de preocupación del cónsul, Valentín Bustamante, alias el Bus, el jefe de guardaespaldas del señor De León, salió a la terraza a mirar por el telescopio del empresario. El gordo de bigotito delgado movió su metro noventa de estatura y su enorme volumen con una agilidad impensable para alguien tan grande, como si las leyes de gravedad no existieran, y apuntó el instrumento hacia el barrio contiguo. Al verlo allí, inclinado, con ese rostro pequeño y redondo, de rasgos infantiles, subrayados por ese bigotito ridículo, se diría que no tocaba a una mosca, lo cual era cierto siempre y cuando la mosca midiera menos de un metro y no amenazara al señor De León. Mientras tanto Rodolfo Guadalupe Moreno, el segundo guarura en la línea de mando, un hombre serio como la muerte, con sus cejas densas y su barba de candado, sus botas vaqueras y su chamarra de piel negra, fue a ocupar la posición que su colega dejó vacante junto a la puerta y se cruzó de brazos allí.

Durante algunos segundos solo se oyó cómo se cimbraban las copas de las palmeras. Se acercaba uno de esos vientos venidos del norte, que siempre rondan el Golfo, que pueden durar diez o doce horas y tumban las casas y

árboles más viejos o endebles. Un brazo del ventarrón llegó y se instaló junto a la cafetera, a fin de agitar con la punta de los dedos un puñado de servilletas de papel, que durante un instante parecieron cobrar vida, como si quisieran transmitir un mensaje. Estaban en la mansión del señor De León, sin duda la quinta más grande en esa zona del puerto, un barrio de millonarios, ubicado junto a la barranca en que se asentaban las colonias populares, de este costado del río. Se trataba de una quinta inspirada en el estilo colonial de California, de tres pisos de alto, con ventanales inmensos y terrazas adornadas con hierro forjado y cantera labrada. Se hallaba en el centro de un jardín que incluía unos cuantos hoyos de golf, una piscina y un ojo de agua, y solo se podía visitar si te permitían cruzar la barda principal y sus enredaderas y guardaespaldas. Por las ventanas se veía la laguna de La Eternidad, sin duda el sitio más bello del puerto —pero no se encontraban ahí para hablar de belleza.

—¿Para qué nos hacemos tontos? —la esposa del señor De León era una rubia alta y bruncuda, acostumbrada a imponer su voluntad: una mujer echada para adelante, que se conservaba en forma a sus cuarenta y cinco años en buena medida gracias a su mal humor—. Vayan a hablar con los jefes de los tres grupos, ofrézcanles lana y acabemos con esto.

—Eso pondría a tu hija en un riesgo inmenso —la regañó el cónsul—. Si no se han enterado que desapareció es preferible aprovechar que lo ignoran. Hay que intentar otra vía.

—Pues yo los veo muy tranquilos —reclamó la señora—, y no quiero ni imaginar lo que está sufriendo Cristina: secuestrada y vejada por esos canallas.

El cónsul miró su reloj: en efecto, habían pasado más de treinta y seis horas desde que desapareció la muchacha, y a cada minuto le parecía menos probable encontrarla con vida.

Los frenos de un tráiler rugieron en alguna de las avenidas cercanas y el cónsul encaró al señor De León:

—No deberíamos perder tanto tiempo. En lugar de seguir esperando a que nos contacten envía a un especialista a buscarla, uno que no levante sospechas. El detective que te sugiero es discreto y valiente. Él podría investigar y coordinar la estrategia: conoce la zona, tiene un equipo, o lo tenía hasta hace unos meses. Es un individuo brillante, que nunca se queda encerrado: podría salir de la panza de una ballena de ser necesario.

El rostro del señor De León se oscureció, como si estuviera a punto de estallar la tormenta:

—¿Por qué debería contratar a este tipo, si tengo a todo un ejército de guardaespaldas a mi disposición? —y señaló al más fornido de sus escoltas, al hombre de barba de candado—. Moreno es un as en estrategias de asalto, fue entrenado por el ejército alemán, ¿por qué recurrir a un sujeto que no sé de dónde salió?

El cónsul, consciente de que el empresario era un gran nudo de nervios, un nudo de nervios de noventa kilos, agregó con toda la diplomacia posible:

—Me temo que tus guardaespaldas no podrían infiltrarse sin que los detecten, Rafael, sobre todo tu personal de confianza; quien se haya acercado lo suficiente para secuestrar a tu hija habrá estudiado tu sistema de seguridad durante los últimos meses; y en lo que respecta a la policía y al ejército de La Eternidad no recomiendo llamarlos para esta misión: la policía vendería su alma al diablo siempre y cuando sea el diablo el que pague mejor; y el ejército depende de los políticos en turno, que ya sabes para quién trabajan. En cambio este elemento era el mejor detective del puerto hasta hace unos años. Fue él quien detuvo al Asesino de la Sierra.

La esposa del empresario frunció las cejas con desconfianza:

—¿Al Asesino de la Sierra? ¿El que mató a las muchachas? —se refería a un demente que secuestraba y torturaba a jovencitas levantadas en cualquier parte de la ciudad—. Eso no tiene ningún mérito —agregó la señora—, todo el mundo sabe que el tipo al que detuvieron es un chivo expiatorio.

—En efecto —le dijo el cónsul—, el hombre al que acusan de los crímenes es inocente, pero el detective que les recomiendo detuvo al verdadero culpable, y por eso tuvo problemas con sus compañeros.

Al oír esto el señor De León alzó la vista con cierto interés. El caso había resonado largamente en el Golfo de México, dada la crueldad extrema del delincuente, las dificultades para identificarlo y sobre todo, el escándalo que estalló cuando se supo que dejaron libre al demente y que un inocente purgaba una pena en la cárcel a nombre de aquel asesino.

—Eso pasó hace mucho tiempo —tronó el empresario—; si es tan bueno como dices, ¿por qué no se sabe de él? ¿No debería ser más famoso?

—Un buen detective nunca es famoso —añadió el cónsul, y el señor replicó:

—¿Tú me respondes por él?

El cónsul se aclaró la garganta:

—No creo que sea una blanca palomita, vaya, supongo que como todos sus colegas en la comandancia habrá aceptado sobornos. En el caso del Asesino de la Sierra eléctrica yo creo que fue el único de toda la jefatura que efectivamente trató de detener al culpable, aunque sus enemigos dicen que solo iba por la recompensa, ya sabes cómo son las cosas aquí; pero mientras estuvo en servicio siempre colaboró conmigo y con el consulado, en la medida en que se lo permitía la ley mexicana, por supuesto, y nunca hizo algo incorrecto. Por eso apenas duró cuatro años en el puesto: Treviño es una de las pocas personas honorables que he conocido en el Golfo —y luego de recono-

cer el silencio que provocaba en el otro extremo de la mesa, agregó—: Una persona honorable, digna de trabajar en tu empresa.

El señor De León y su esposa asintieron, como quien acaba de recibir una satisfacción, y el cónsul apuntó en alguna parte de su cerebro que debía mostrar más respeto a esos dos.

La puerta que daba a la terraza volvió a abrirse y el gordo del bigotito ridículo regresó a la habitación, al tiempo que decía «Afirmativo» y concluía una llamada en su radiocomunicador. Se plantó a un lado del señor De León y no dijo palabra hasta que el cónsul le preguntó:

—¿Qué pasa allá afuera?

—Hay movimiento de autos y gente en la colonia Pescadores. Son los de la Cuarenta: es fin de semana, deben estar hasta atrás. Y me informan que el muchacho no ha despertado, pero estamos pendientes.

Se refería al novio de la muchacha, que seguía internado en el hospital. El señor De León se puso negro de furia:

—Te dije que lo dejaran en paz.

—Yo fui el de la idea. No me quise arriesgar, lo estamos vigilando por precaución —lo interrumpió el cónsul.

Aunque era poco probable que el novio de la muchacha recuperase el habla algún día, el cónsul estaba pendiente de las palabras del muchacho, pues era el único testigo que podría explicar qué ocurrió. Quien lo viera ahí sentado, un viejo barrigón casi calvo, vestido con una camisa a cuadros, botas industriales y chamarra con cuello de borrego, no daría un peso por él. Pero desde hacía más de diez años era cónsul de los Estados Unidos en La Eternidad y una de las personas mejor informadas sobre el crimen en la región. Para sus amigos era Don Williams; para el comandante Margarito y compañía era *Nuestro cónsul*, si estaban de buenas, o *El cabrón de Don Williams*, si les parecía que sobrepasaba las funciones que le habían asignado en el consulado de La Eternidad. Al señor De León no le quedaba

duda de que si había un experto en seguridad en el puerto era el gringo. Tan pronto le informaron que habían encontrado el coche de Cristina, y que el novio apareció malherido, casi a punto de morir, lo convenció de hacerse cargo de la indagación y las negociaciones.

—Si lo vigilan que sea con discreción... no olviden que su padre es mi socio —dijo el empresario—. Pinche cónsul: no pierdas tiempo, fueron Los Nuevos.

Aunque nada confirmaba las sospechas del empresario, al cónsul le preocupaba esa opción: si se confirmaba que habían sido Los Nuevos era cuestión de tiempo para que encontraran a la muchacha muerta y con huellas de tortura. Pero nadie llamaba para pedir el rescate y no había novedades ni pistas.

—Pato, ve a hablar con Margarito... —suplicó la señora, usando el mote que solo los amigos cercanos usaban con el cónsul en La Eternidad.

Dado que no pudieron evitar que la policía local se mezclara en esto, ya que fueron ellos los que encontraron el auto, De León y Don Williams recibieron al comandante Margarito en la casa la noche anterior. Fue un encuentro hostil, en el que casi no cruzaron palabra con el jefe de policía del puerto: escucharon lo que tenía que decir (*Encontraremos a la muchacha, no se preocupe, señor*) y se despidieron de él. Para el cónsul era el primer sospechoso. Conociendo la fama del comandante, no podían descartar la posibilidad de que se hallase involucrado en el secuestro, o que pensara hacerlo: el comandante era capaz de rescatar a la muchacha para volver a esconderla y exigir un rescate tres veces mayor. Por eso no le soltaron mucha información, como no fuera una foto reciente de Cristina.

Por desgracia era impensable esperar apoyo de los diputados y ni siquiera del alcalde en activo: cachorros fieles al poder, entrenados para aplaudir al gobernador del Estado, a pesar de que el señor De León había patrocinado la campaña de más de uno, y tenía amigos y parientes entre

ellos. Del gobernador corrían dos rumores: según la versión pesimista, el Gober permitía la ola de violencia porque era él quien había creado a Los Nuevos, el grupo criminal más siniestro que operaba en el Golfo, una banda criminal numerosa, especializada en atemorizar a la población con su tendencia a torturar y a destazar a sus rivales. En cambio, según el rumor optimista, el gobernador no formaba parte de los delincuentes: únicamente se había comprometido a ignorar sus delitos a cambio de recibir una generosa renta mensual. Cuando el crimen alcanzó niveles de escándalo en el estado un grupo de comerciantes fue a ver al gobernador y denunció cuán frecuentes eran los secuestros, los robos, los intentos de extorsión en sus empresas, y el cinismo con que Los Nuevos se presentaban a cobrar una mensualidad millonaria a la Asociación de Comercio dizque a cambio de protección, con tal de dejarlos trabajar en paz. Pero mientras los empresarios contaban todo esto, y mostraban una carpeta con las fotos de los extorsionadores, el Gober no dejaba de mirar su Blackberry, e incluso de escribir en ella, todo sonrisas, como si estuviera jugando, o enviándole chistes a alguien, hasta que uno de los comerciantes cubrió el aparato con la mano y le preguntó: *¿Entonces qué hacemos, señor gobernador?* Y el dirigente les dijo: *Pues páguenles, ¿no?* Esto se lo había contado al Pato uno de los presentes en esa junta, mientras sumía sus penas en una botella de whisky: así estaban las cosas en esa región. El Pato conocía Chihuahua y Durango, Nuevo León y Coahuila, Baja California y Sonora, y había llegado a la conclusión de que si bien costaba trabajo destacar en ello, desde hacía más de tres años no había nada tan sanguinario y despiadado como la organización criminal de Los Nuevos en el Golfo de México: un Estado dentro del Estado, dirigido por sicópatas que actuaban con total impunidad.

El cónsul bebió un sorbo de su botella de Evian, y luego de aclararse la garganta, insistió:

—Debemos desarrollar la investigación por nuestra cuenta, antes de que la pista se enfríe; en lugar de mandar a tu gente —señaló al Bus y a Moreno con un movimiento de la barbilla—, yo te recomiendo enviar a alguien capaz de atravesar hasta el último cerco de seguridad en las colonias vigiladas por estos tipos: el Cártel del Puerto, Los Nuevos, la Cuarenta inclusive, y averiguar si alguno de estos grupos es el autor del secuestro. Si eso se confirma, podemos planear el rescate, vaya, tanto como lo permite esta situación excepcional.

La noche anterior, mientras se dirigía a la casa del señor De León, el cónsul pudo confirmar que la tensión reinaba en el puerto: los vigías de los diversos grupos criminales se mostraban descaradamente en lugares públicos con el *walkie-talkie* en la mano, listos a reportar a sus jefes cualquier movimiento sospechoso; había camionetas que recorrían las calles con gente armada sentada en la parte trasera de la cabina y el gringo contó hasta tres falsos retenes a lo largo de la avenida principal, instalados para bloquear el acceso a las calles en las que vivían los principales capos de la ciudad.

El cónsul sabía que tan solo en La Eternidad el señor De León tenía treinta guardaespaldas asignados a sus diferentes negocios; todos actuaban por parejas, se hallaban convenientemente entrenados y listos para reaccionar; que el empresario pagaba una mensualidad al comandante Margarito, como todos los empresarios de la zona, y que hacía lo mismo con los generales Rovirosa y Ortigosa, de la Zona Militar y la Marina, pero el cónsul descartaba la posibilidad de pedir ayuda a cualquiera de los anteriores. No querían remover el avispero, pues tan solo en La Eternidad Los Nuevos tenían un centenar de personas bien entrenadas, y todo el tiempo llegaban más elementos, provenientes de los campos de entrenamiento en algún lugar al norte del estado.

—En lugar de poner en guardia a los secuestradores — insistió el gringo—, contrata a Treviño: no cualquiera aceptaría moverse en esta ciudad. Mientras estamos hablando el tiempo corre y perdemos la oportunidad de encontrarla...

El señor De León apretó las quijadas y dijo:

—Haz lo que tengas que hacer, yo necesito a mi hija de vuelta.

—De acuerdo.

El Pato respiró hondo, se puso de pie y salió a la terraza, a hablar por su teléfono celular. A medida que el viento arreciaba lo veían revisando en su agenda, tomando notas, apuntando de vez en cuándo algunos números en ella para colgar y marcar de inmediato, de repente taparse un oído y gritar en dirección de la bocina. A veces el viento agitaba las copas de los árboles con tanta furia que parecía que el Pato se iba a caer desde el segundo piso.

—Que se venga pa'dentro este pendejo —dijo la señora.

Pero antes de que fueran a buscarlo el cónsul empujó la puerta de cristal, se sentó de nuevo frente a ellos y alzó el celular:

—Ya lo encontré. Pero no será fácil convencerlo.

—Que estos dos vayan a buscarlo —el empresario señaló al Bus y a Moreno.

—Debería ir yo mismo —sugirió el Pato. Pero el señor De León no quiso hablar del asunto:

—Tú te quedas aquí, ¿qué tal si llaman mientras estás buscando a este tipo? ¿Quién va a tratar con los secuestradores?

El Pato se encogió de hombros:

—De acuerdo, pero sean muy respetuosos con él. Puede ser muy explosivo.

—No te preocupes —se burló el señor De León—, estos dos son de lo más diplomático.

Y dijo a los guardaespaldas: